Esos ingleses tienen indomable ansia de independencia. « El rey, dice ese mismo autor, no puede gobernar á sus pueblos por más leyes que las que ellos han aceptado, ni cobrar tributo que ellos no hayan consentido. » Y, comparando el bienestar del *yeomen* inglés con la miseria del campesino francés, acaba diciendo : « Todos los habitantes de este reino disfrutan de los productos que les dan su tierra y su ganado, y los consume como gusta, sin que nadie se lo impida con rapiñas. No es citado á comparecer en justicia más que ante la jurisdicción ordinaria y conforme á la ley del país. Por eso tenemos en abundancia oro y plata y todo lo necesario, y no bebemos agua sino por penitencia; comemos carnes y pescado en abundancia; tenemos telas de buena lana, y somos ricos en muebles, en instrumentos de cultivo y en todas las cosas que sirven para hacer tranquila y feliz la vida. »

XIV. — LAS CIUDADES EN LA EDAD MEDIA.

P. Lacroix, *La Edad media y el Renacimiento*. — Levasseur, *Historia de las clases obreras*. — Burkhard, *La civilización del Renacimiento*. — Freytag, *Cuadros del pasado alemán*. — Cantú, *Historia de los italianos*. — Vanderkindere, *El siglo de los Artevelde*. — Lavisse, *Estudios sobre la historia de Prusia*.

La conquista alemana. — Al dirigirse hacia el oeste los pueblos germánicos, para penetrar en el Imperio romano, abandonaron el este á otros de distinta raza, los eslavos, tanto que en el siglo IX todos los países situados al este del Elba pertenecían á tribus eslavas. San Bonifacio encontró algunos que se burlaron de él hasta en las orillas del Fulda. Detrás, en los pantanos de las riberas del Báltico, subsistían tribus antiguas, los prusianos, los lituanios y fineses. Esos distintos grupos eran paganos y guerreros, pero lo imperfecto de sus armas y lo divididos que estaban, les hacían imposible la resistencia. Los alemanes se propusieron convertirlos y someterlos. Al efecto, los príncipes germánicos establecieron *marcas*, esto es, regiones fronterizas, y dejaron á los condes de ellas ó *margraves* libres de gobernar á su antojo. De esas marcas proceden los tres principales Estados de Alemania : de la marca de Brandeburgo al norte salió Prusia; de la de Misnia al centro Sajonia; y de la oriental, situada al sur, el imperio de Austria. También fundaron obispados, que mandaban misioneros á enseñar el Evangelio á los bárbaros.

La conversión fué muy lenta, pues duró desde el siglo X al XIV, y se efectuó por medios muy distintos. En la mayor parte de los países, los príncipes eslavos se dejaron convertir por sus mujeres, partidarias del cristianismo, derribaron los ídolos y obligaron á sus súbditos á aceptar la nueva fe; en Polonia arrancaban los dientes á los que comían carne en cuaresma. En esos países los habitantes siguieron siendo eslavos y su jefe nacional tomó el título de duque ó de rey (1), declarándose vasallo del Emperador. La mayor parte de ellos no eran fanáticos. Cuando el español Bernardo, que había ido á buscar el martirio en Pomerania derribó los ídolos sagrados, los paganos se limitaron á darle de azotes y como á pesar de esto seguía predicando, lo embarcaron en un esquife y echándolo en el Oder, le dijeron: « Si tanta ganas de predicar tienes, anda á hacerlo á los peces y las aves. »

Por el contrario, varias tribus septentrionales se mostraron reacias; los obotritas dieron muerte á un rey que

(1) Reyes de Bohemia y de Polonia, Margrave de Moravia, duques de Silesia, de Mecklemburgo, de Pomerania y de Lituania. Lo mismo ocurrió con los húngaros, pueblo bárbaro de raza finesa : hiciéronse cristianos y su jefe se convirtió en rey de Hungría.

deseaba convertirlos al cristianismo (1066). Mas tarde, los livonios, que habían sido bautizados á la fuerza por los caballeros alemanes, corrieron, apenas volvieron éstos la espalda á echarse en el Duna y lavarse del bautismo. Los alemanes les hicieron guerra de exterminio. Los margraves de la frontera conquistaron el país de los wendes, que se llamó Brandeburgo; los caballeros de la orden teutónica la Prusia; los Porta espadas la Livonia y la Estonia. Quemaban las aldeas, mataban á los hombres y se llevaban las mujeres y los niños cautivos. Tantos de ellos se vendieron en Alemania, que la palabra *eslavo* se hizo sinónima de *esclavo*. Los wendes fueron exterminados, y de todo ese pueblo no quedaron sino algunas bandas refugiadas en los pantanos del Spree; los prusianos y los livonios fueron reducidos á vasallaje y la raza alemana conquistó de este modo tres nuevas provincias: Brandeburgo, Prusia y Livonia.

La colonización alemana. — Las grandes, bajas y húmedas llanuras del Oder y del Vístula estaban cubiertas entonces de bosques pantanosos; el Brandeburgo, el « arenero » de Alemania no eran sino un triste desierto. Aun hoy, cuando sopla el viento, la arena obstruye las puertas de las casas y en la meseta de Fläming guarda el burgomaestre las llaves de la fuente de la aldea y distribuye cada mañana á los habitantes su ración de agua. Los príncipes del país, alemanes ó eslavos, llamaron de Alemania labradores y artesanos de buena voluntad (1) para cultivar esos arenales, explotar esos bosques y fundar ciudades. Como los hombres de raza germánica emigran fácilmente, hubo miles de familias que durante dos siglos fueron á establecerse en los lejanos desiertos del este, como van hoy á instalarse en los de América. El príncipe vendía á un contratista un pedazo de bosque ó de landas suficiente para una aldea; el contratista llevaba allí campesinos y les distribuía las tierras en lotes, reservándose un tributo, y se convertía en su bailío (*schultz*) hereditario, pero los paisanos conservaban su libertad « por haber sido los primeros en destripar el suelo » y guardaban sus costumbres alemanas. — Cuando se trataba de fundar una sociedad, el contratista la hacía rodear de fosos y murallas y creaba allí un mercado en que se reservaba el derecho de cobrar un impuesto. — Este importante movimiento se efectuó poco á poco y en la sombra. Los escritores de la época no se ocupaban más que en hablar de las guerras de los emperadores, y no pensaban en referir cómo se fundaron en Brandeburgo, en Pomerania, en Prusia, en Silesia y Bohemia miles de aldeas y centenares de ciudades. En la margen derecha del Elba había surgido una nueva Alemania, un pueblo de trabajadores y de soldados, el de los prusianos y austriacos, que debía andando el tiempo ejercer su predominio sobre las naciones de la Germania primitiva.

(1) También acudieron holandeses, que construyeron diques y cegaron los pantanos del Elba y del Oder.

Las ciudades libres. — Las principales ciudades de Alemania se formaron en torno de un palacio de rey (1) y de la morada de un obispo (2) ó príncipe. El rey ó el obispo eran dueños de la población y los mercaderes sus inquilinos, pues el terreno les pertenecía; los artesanos eran sus esclavos y trabajaban para él y sus gentes; sus caballeros y criados gobernaban á los artesanos y mercaderes. Pero á medida que aumentó la

(1) Por ejemplo Aquisgrán y Francfort.
(2) Por ejemplo Colonia, Estrasburgo, Maguncia, Hamburgo, Bremen, etc.

población, el señor dejó que resolvieran sus asuntos los habitantes sin excluir á los artesanos, descendientes de esclavos, acabando por limitarse á pedir tributos; en adelante sólo hubo hombres libres en las ciudades. Las más prósperas de éstas fueron en el siglo XII las pertenecientes á los obispos; un proverbio alemán decía: « Conviene vivir bajo el báculo » — Para gobernar su población reunía el obispo á sus servidores y á los principales mercaderes en un *consejo*, que por de pronto no fué sino un consejo del obispo; pero que en el siglo XIII, cuando las ciudades, que habían llegado á ser poderosas, expulsaron á sus obispos, se convirtió en « asamblea municipal ». Este consejo tenía las facultades de un príncipe, pues juzgaba, hacía la guerra y trataba directamente con el emperador. La ciudad se llamaba *libre* (1) pues no obedecía á ningún señor.

Los gremios. — En la época en que los artesanos eran esclavos del obispo y trabajaban para él y su escolta, se les dividió en varios grupos, cada uno de los cuales, compuesto de hombres que sabían hacer lo mismo, estaba á las órdenes de un criado del obispo; el grupo se llamaba *oficio* y *oficial* el jefe. Había una banda de herreros, otra de talabarteros, de sastres, etc. De ahí se deriva la palabra *oficio* (2) en el sentido que le damos nosotros. Los artesanos fueron adquiriendo libertad poco á poco, y en vez de trabajar para su señor y ser sostenidos por él, fabricaron por cuenta propia y

(1) Las principales ciudades de los obispos que se declararon libres fueron Colonia, Maguncia, Estrasburgo, Spira, Worms, Basilea; las ciudades que habían pertenecido al emperador, se llamaban « ciudades libres de Imperio » y eran también independientes : Nuremberg, Ulm y Augsburgo.

(2) La organización de los gremios en el norte de Francia era análoga á la de las ciudades alemanas, pero menos robusta.

vendieron sus productos en el mercado; pero siguieron organizados. Cada oficio formaba un gremio, con un arca común, su bandera, que llevaba en las procesiones y cuando la ciudad iba á la guerra; su santo patrono (los carpinteros á San José y los zapateros á San Crispín); sus jefes, que son gentes del oficio y sus reglamentos que, según la práctica constante de la edad media son costumbres que no hay necesidad de escribir : la costumbre de los « oficios de París » no se redactó en Francia hasta mediados del siglo XIII. — Los reglamentos determinan en qué condiciones se es admitido en el gremio. El joven tiene que empezar por ser *aprendiz* en casa de un maestro del oficio, que le enseña la profesión, lo alimenta y lo aloja. El aprendiz tiene que trabajar para su maestro y obedecerle y el maestro puede hasta darle de azotes. Al cabo de algunos años pasa á ser *compañero* y entonces, si bien sigue trabajando para un maestro, recibe salario y no se contrata sino por poco tiempo, pudiendo pasar de un establecimiento á otro. Los compañeros son una raza vagabunda, y muchos de ellos van de ciudad en ciudad ofreciendo sus servicios; en Francia se ha conservado la costumbre de « dar la vuelta al país ». Los que tienen medios para poner tienda, se convierten en *maestros*; sólo éstos votan en la asamblea gremial. — Los reglamentos determinan también cómo se debe trabajar; no es lícito hacerlo sino en la tienda para que el público pueda inspeccionar las cosas, y sólo con luz natural, para que la obra salga bien; está prohibido emplear materias que no autoricen los ordenanzas y hacer objetos que salgan de las dimensiones impuestas por ellas. Las plateros no pueden poner oro sobre la plata y los estatuarios sólo deben servirse de maderas determinadas. Si una pieza de paño es más ó menos ancha de lo que el reglamento

ordena, se la confisca y el maestro es multado. Las gentes del oficio procuran conservar intacto su honor, que consiste en no permitir sino la venta de mercancías « leales »; por esto se vigilan estrechamente unos á otros. — En cambio, se sostienen contra los extraños y contra los demás gremios. Nadie tiene en la ciudad derecho para fabricar ó vender más que los maestros: la persona que hubiese abierto una tienda de sastre sin ser maestro en el oficio, habría pagado una multa, teniendo además que cerrar su establecimiento. El derecho de fabricar y de vender los objetos de un oficio es propiedad exclusiva de los que lo ejercen. Los sastres impiden que los ropavejeros vendan trajes nuevos; los fabricantes de bridas y frenos ponen pleito á los que hacen sillas para impedirles que les hagan competencia, cosa que horripilaba á los gremios de la edad media.

Los principales oficios son los de panadero, carnicero, tejedor, tintorero, manpostero, curtidor, armero y carpintero. El número de gremios depende de la importancia de la ciudad; mientras muchas poblaciones alemanas no tenían sino diez y ocho ó veinte, en París había más de ciento. La razón de esto es que varias profesiones diferentes podían estar reunidas en un solo gremio ó que una profesión puede ser repartida en diversos oficios: por ejemplo, en París había tres gremios de fabricantes de *padrenuestros* (rosarios).

Los patricios. — Las profesiones que hoy llamamos liberales no estaban exentas de la regla. Así como hay un gremio de pañeros, y otro de vendedores de comestibles, de boticarios y cambistas, así también hay uno de médicos, y la Universidad no es en definitiva sino la corporación de los profesores. Los mercaderes eran

entonces más considerados que los artesanos, pues se enriquecían vendiendo con grandes beneficios los artículos que recibían de remotos países. Primero fueron inferiores á los caballeros domésticos del obispo, que gobernaban la ciudad; pero poco á poco fueron confundiéndose con ellos, entrando en el concejo y hasta haciéndose armar caballeros. El emperador Rodolfo concedió la caballería á cien jóvenes de Zurich, después de su victoria sobre el rey de Bohemia (1278). — Los caballeros que vivían en los campos despreciaban á esos gentileshombres mercaderes y con frecuencia se negaban á dejarles tomar parte en sus torneos: entonces era muy raro admitir que el trabajo no deshonraba al hombre (1). Pero en la ciudad, los mercaderes y propietarios formaban una nobleza, se hacían dar el título de « señor » y se llamaban á sí mismos los *patricios* ó « las familias » (*geschlechter*). Ellos formaron exclusivamente el concejo hasta el siglo XIV, gobernando la ciudad; pero en esta época los gremios pidieron participación en los asuntos públicos, y en casi todas las ciudades libres (2) tuvieron los patricios que admitirlos en el concejo, no sin provocar antes con su resistencia varias asonadas y motines. Á partir de entonces hubo en el concejo dos clases de miembros, los « señores » y los « maestros », generalmente uno por oficio; de modo que los últimos forman la mayoría y en consecuencia gobiernan.

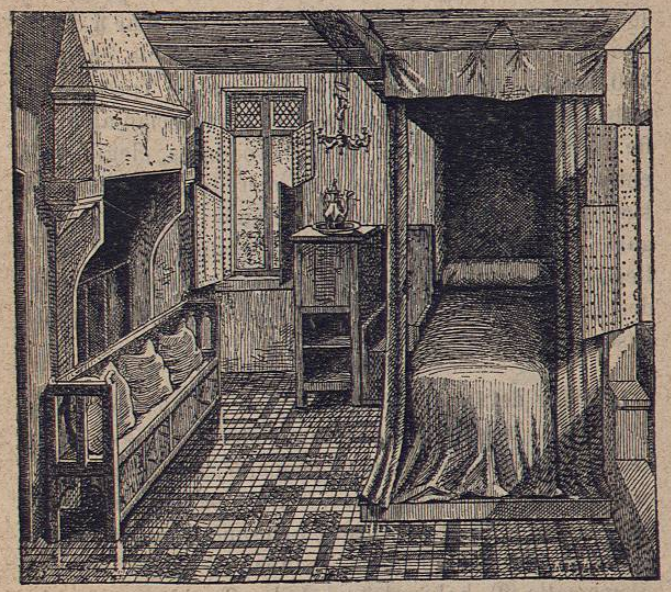
(1) Referíase que habiendo encontrado Rodolfo de Habsburgo cerca de Basilea un curtidor que secaba sus pieles, le dijo riendo: « Preferirías tener 100 marcos de renta. — Los tengo », contestó el curtidor é invitando al rey á su mesa lo recibió en traje de ceremonia. — ¿Cómo es que tienes un oficio tan sucio siendo rico? — Porque si lo soy es gracias á ese oficio infecto, contestó el curtidor.

(2) Sin embargo, en algunas ciudades, como Nuremberg, Berna y Lucerna conservaron los patricios el poder hasta fines del siglo XVIII.

La Hansa teutónica. — Las ciudades se enriquecían principalmente por medio del comercio. Las más poderosas fueron: al sur las que estaban situadas en el gran camino de Italia, Augsburgo y Nuremberg; al norte las que tenían sus puertos en el Báltico ó el mar del Norte, Lubeck, Hamburgo y Bremen. En aquella época el comercio se hacía con las armas en la mano, pues era preciso que el traficante pudiera defender en el camino sus barcos y sus mercancías y que se hiciera respetar en el mercado. Así fué que los mercaderes de las ciudades mercantes se asociaron para ser más fuertes. Esta liga se llamó la *Hansa*; en ella entraron una después de otra la mayor parte de las poblaciones de Alemania del Norte, del Báltico y de los Países Bajos; en el siglo XVI hubo hasta ochenta, desde Riga al este hasta Brujas en el poniente. La liga tenía en cada puerto de Suecia, de Noruega y de Rusia una casa (*Hof*), verdadera fortaleza guardada por hombres armados, solteros todos y organizados en gremio, con un maestro, compañeros y aprendices. Estaba prohibido dejar entrar allí á ningún forastero y de noche soltaban los perros de guardia. Esta casa servía al mismo tiempo de almacén para las mercancías, de mercado y de tribunal. Todos los años salían de las ciudades de la Hansa grandes navíos cargados de hilos y paños de Flandes y de especias y sederías de Oriente; esos buques iban armados como para la guerra, con su tripulación de soldados; la cubierta estaba defendida por dos fortalezas de madera. Cuando llegaban á los puertos de destino, Bergen, Riga, Novogorod, los mercaderes se alojaban en el recinto de la liga, desembarcaban sus artículos y los ponían en venta; las cuestiones eran juzgadas por el tribunal de la Hansa. Después se volvían los barcos cargados de madera, de cera, de pieles y sobre todo de pescado seco. Entonces

había en el Báltico enormes bancos de arenques; pero en el siglo XV empezaron á dirigirse hacia el mar del Norte y poco á poco quedaron abandonados los puertos de aquel mar.

Las ciudades de la Hansa llegaron á ser en Noruega, gracias á sus escuadras, más poderosas que el mismo



Interior de una habitación flamenca.

rey. Así es que monopolizaban el comercio, impidiendo que los habitantes recibieran navíos que no fueren los suyos, y en más de una ocasión dieron grandes batallas navales. Su poderío duró hasta el siglo XVI.

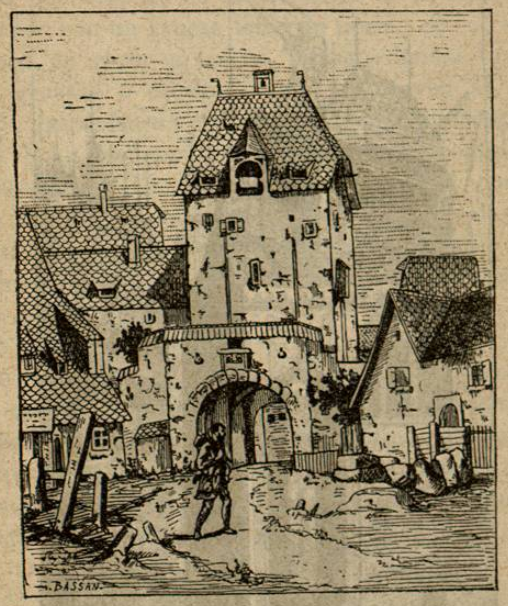
Las ciudades de Flandes. — También en Flandes había ciudades poderosas. Los ingleses, que ya entonces

criaban grandes rebaños de carneros, no tenían todavía obreros que supieran trabajar las lanas y las mandaban á Flandes. En este país las convertían en paños, las teñían y las expedían á las demás naciones : allí se hacían también muchas telas de hilo. Los obreros formaban gremios como en las ciudades alemanas, siendo los principales los tejedores, los tintoreros, los pañeros y los herreros. Brujas era el gran puerto de mar á donde acudían los mercaderes de la Hansa, y tenía entonces 180.000 habitantes ; esa población, Gante é Yprés dominaban á las restantes (1). Las tres pertenecían al conde de Flandes ; pero tenían sus gobernadores, elegidos de entre los mercaderes ricos y un ejército compuesto por sus obreros. No recibían al conde sino después de obligarlo á jurar que respetaría sus costumbres, y hasta llegaron á hacerle muchas veces la guerra. Estas ciudades empezaron á decaer en el siglo XV y su riqueza pasó á Amberes.

Interior de las ciudades. — Las poblaciones de la edad media no se parecían á las modernas. Las casas de los notables son fortalezas en pequeño ; las demás parecen moradas de campesinos, con un patio y graneros. Pero también había barrios de artesanos ; casi todas las personas del mismo oficio estaban reunidas en una misma calle (2), habiendo una de los Curtidores, otra de los Talabarteros, Plateros, etc. Cada maestro tiene su tienda en el piso bajo de la casa y allí trabaja ante la vista del público ; el primer piso, donde vive con su familia sale hacia afuera del frontis, como para ir á encontrarse con la casa de enfrente, y cuando hay varios, cada piso es más colgante todavía que el inferior. El edificio es generalmente de madera con arreglo á la antigua costumbre, y termina en un techo puntiagudo ;

(1) Las ciudades del Brabante, Bruselas y Malinas se dedicaron también á fabricar paños y telas de hilo.

(2) Esta costumbre era general en Europa. Todavía quedan en París, donde sin embargo no se han respetado los nombres antiguos de las calles, varias que tienen nombre de oficios : muelle de los Plateros, calle de la Pergaminería.

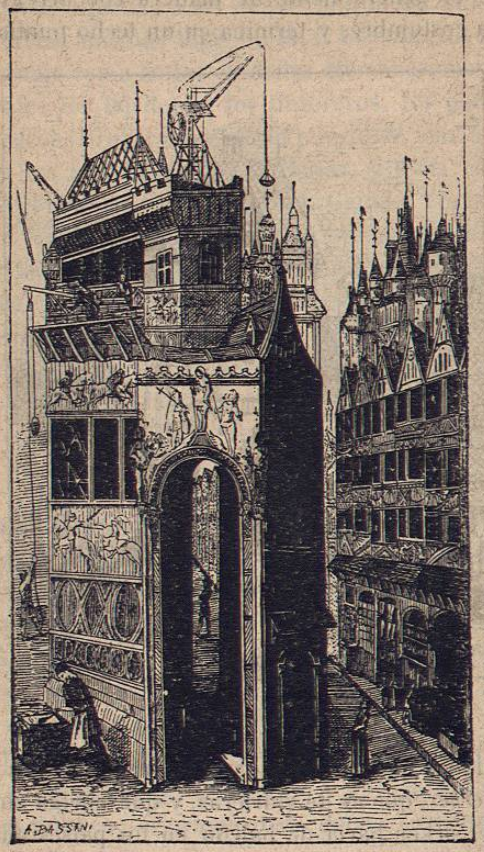


Puerta fortificada.

en ocasiones tiene como adorno un frontón ó una torrecilla ó *erker*, que es de vidrieras, y que cuelga sobre la calle ; el erker hacía de balcón en los países muy lluviosos. — Las casas que constituyen los dos lados de la calle (1) no están en línea recta, sino que forman ligera curva, y la vía se estrecha unas veces y se ancha otras.

(1) *Strasse* en alemán significa calle y vía.

No hay empedrado, abundando los baches y los montones de mercancías en los barrios de tráfico, mientras que en los demás se pasean libremente vacas y cerdos.



Una calle, según una miniatura del siglo XV.

Cuando en el siglo XV espera una ciudad la visita del emperador, manda el concejo que se descuelgue á los ahorcados y que se quiten de delante de las casas los montones

de estiércol. La calle no es, como en la actualidad, un sitio público; está hecha para los que la habitan y no para los que pasan por ella.

La ciudad está rodeada por un foso y un baluarte de piedra que después de la invención de la artillería es reforzado con un grueso talud de tierra; en ese recinto se alzan, de trecho en trecho, torres redondas ó cuadradas, gruesas ó esbeltas, que constituyen al mismo tiempo una defensa y un ornato; no hay ciudad que carezca de un centenar de ellas. Nuremberg contaba más de trescientas. La ciudad es una fortaleza, donde se entra por una puerta abovedada que se cierra de noche.

Este recinto erizado de torres y de flechas, estas calles irregulares en que cada casa tiene fisonomía particular, y en que la vista se fija ya en un frontón, ya en un techo puntiagudo ó en un atrevido balcón ó torrecilla colgante; ya en un brazo de hierro que sostiene una muestra, todo eso da á las poblaciones de la edad media (1) su animado y múltiple aspecto. Sin duda eran menos cómodas que nuestras grandes ciudades de calles anchas y rectas y de edificios uniformes; pero en cambio tenían aspecto mucho más pintoresco.

(1) Todas las ciudades estaban edificadas entonces de la misma manera; los antiguos grabados que representan las ciudades francesas ó lombardas del siglo XVI las representan parecidas á las alemanas; pero en Francia y en Italia han demolido casi todos los barrios de entonces, y apenas quedan restos de ellos en Ruen, Dijón y Troyes, mientras que en Alemania y Flandes se les ha conservado mejor. La que más recuerdos conserva es Nuremberg, donde sin embargo se ha destruído un pedazo de baluarte; Rotenburgo, población situada á orillas del Tauber, en que no se ha modificado nada desde el siglo XVI, produce mejor que ninguna de las restantes la impresión de la ciudad de la edad media.